

## CAPÍTULO 2

# EL VIRUS MÁS LETAL<sup>1</sup>

El virus más letal es la coacción institucionalizada que constituye el ADN inseparable del Estado y que puede llegar incluso a negar en su origen el surgimiento de toda una Pandemia. Se han hecho desaparecer pruebas, se han perseguido y silenciado a científicos y médicos heroicos por el simple hecho de darse cuenta los primeros y poner en evidencia la gravedad del problema, perdiéndose así semanas y meses con un coste inmenso: centenares de miles han muerto al propagarse por todo el mundo una epidemia que, en un principio, no parecía tan grave a la vista de estadísticas oficiales escandalosamente manipuladas a la baja.

El virus más letal es la existencia de pesadas burocracias y organismos supraestatales que no supieron ni quisieron controlar *in situ* la realidad de los acontecimientos sino que dieron por buenas las informaciones recibidas, apoyando en todo momento e incluso alabando y haciéndose por tanto cómplices de todas las políticas y medidas de coacción emprendidas.

El virus más letal es pensar que el Estado pueda garantizar nuestra salud pública y bienestar universal, cuando la ciencia económica ha demostrado que es teóricamente imposible que el planificador central pueda dar un contenido coherente y coordinador a sus mandatos coactivos para lograr sus rimbombantes objetivos. Primero, por razón del inmenso volumen de información y conocimientos que precisaría para ello y de los que carece. Y en segundo lugar, y sobre todo, porque la coacción institucional que le es propia, al incidir sobre el cuerpo social de seres humanos que son los únicos capaces de coordinarse de forma espontánea y de crear y producir riqueza, bloquea e imposibilita el sur-

---

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en el periódico *La Razón*, página 17, del día 3 de junio de 2020. Diferentes versiones del mismo han sido publicadas en otros prestigiosos periódicos de Italia, Francia, Portugal, Holanda, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania.

gimimiento de la información de primera mano que es precisamente la que necesita el Estado para dar un contenido coordinador a sus mandatos. Este es el teorema de la imposibilidad del Socialismo descubierto por Mises y Hayek en los años veinte del siglo pasado, y sin el cual no cabe entender lo que ha sucedido en la historia del mundo.

El virus más letal es la dependencia y complicidad respecto del Estado de innumerables científicos, expertos e intelectuales. Esta simbiosis, en un contexto de borrachera del poder, deja desarmada e inerme a una Sociedad civil manipulada a la que, por ejemplo, se anima desde el propio gobierno para que participe en manifestaciones multitudinarias de centenares de miles de personas, cuando el virus ya se está propagando de forma exponencial. Y todo ello tan sólo cuatro días antes de que se conociera la decisión de declarar el estado de alarma y de confinar coactivamente a toda la población.

El virus más letal es la demonización de la iniciativa privada y de la autorregulación ágil y eficiente que le es propia, a la vez que se endiosa lo público en todos los ámbitos: la familia, la educación, las pensiones, el empleo, el sector financiero y, ahora con especial relevancia, el sistema sanitario. Más de doce millones de españoles, incluyendo como muestra especialmente cualificada a casi el 90 por ciento de los más de dos millones de funcionarios del propio Estado (y a la propia vicepresidenta del gobierno), han optado en libertad por la sanidad privada frente a una sanidad pública que, a pesar de la inmensa y sacrificada labor, heroica y nunca lo suficientemente bien reconocida, de sus médicos y sanitarios, es imposible que se desembarace de sus contradicciones internas, listas de espera, y probada incapacidad en términos de prevención universal y protección a sus propios miembros. Y así continuamente, y utilizando un doble rasero, se denuncia de inmediato cualquier fallo por pequeño que sea en el sector privado, cuando los fallos, mucho más graves y clamorosos del sector público, se consideran como la prueba definitiva de que no se gasta lo suficiente y de que hay que incrementar aún más su tamaño.

El virus más letal es la propaganda política canalizada por los medios de comunicación del Estado y también por aquellos privados pero adictos o dependientes de él. Desde Goebbels se sabe que es posible convertir en verdades oficiales toda una serie de mentiras machaconamente repetidas a la población. Por ejemplo: que nuestra sanidad pública es la mejor del mundo; que el gasto público no dejó de disminuir a partir de la última crisis; que los impuestos los pagan «los ricos» que además no desembolsan lo justo; que el salario mínimo no perjudica al empleo;

que los precios máximos no producen desabastecimiento; que la renta mínima universal es la panacea del bienestar; que los países del norte de Europa son egoístas e insolidarios por no mutualizar la deuda; que los muertos son los oficialmente reportados y no los reales; que sólo hay unos pocos centenares de miles de infectados; que hacemos tests más que suficientes; que las mascarillas no eran necesarias; etc, etc. Mentiras todas estas fácilmente comprobables por cualquier ciudadano medianamente diligente.

El virus más letal es el uso corrupto de la terminología política que recurre a metáforas engañosas para hipnotizar a la población y hacerla aún más dócil y dependiente del Estado. Se dice que estamos librando «una guerra» y que cuando la ganemos será preciso iniciar «la reconstrucción». Pero ni estamos en guerra, ni es preciso reconstruir nada. Afortunadamente, todas nuestras fábricas, instalaciones y equipo capital están intactos. Sólo esperan a que mañana nos pongamos de nuevo a trabajar utilizando todo nuestro esfuerzo, ahínco y espíritu empresarial para que muy rápidamente nos recuperemos del parón. Pero para eso es imprescindible una política económica basada en menos Estado y en más libertad de empresa, que reduzca impuestos y regulaciones, sanee y busque el equilibrio de las cuentas públicas, liberalice el mercado laboral, y genere seguridad jurídica y confianza. Y de la misma manera que la Alemania de Adenauer y Erhard salió gracias a esta política liberal de una situación muchísimo más grave tras la Segunda Guerra Mundial, nuestro país quedará condenado a vivir al ralentí y empobrecido si es que nos empeñamos en seguir la vía contraria socialista.

El virus más letal consiste en el endiosamiento de la razón humana y en el uso sistemático de la coacción que encarna al Estado. Este se nos presenta con piel de cordero como la quintaesencia de un «buenismo» que nos tienta con la posibilidad de conseguir aquí y ahora el nirwana; de lograr la «justicia social» y acabar con la desigualdad, disimulando que el Leviathan se retroalimenta de la envidia, y de exacerbar el odio y el resentimiento social. Por todo ello, el futuro de la humanidad dependerá de que esta sea capaz de inmunizarse del virus más letal: el socialismo que infecta el alma humana y nos ha contagiado a todos.